

OCHO años ha permanecido Agustín Montal al frente del F. C. Barcelona. Ahora, cuando finaliza el segundo ciclo de cuatro años rigiendo los destinos del Barça, Montal ha anunciado que dimitirá a mediados de diciembre. En abril, y con la convocatoria de elecciones, casi por sufragio universal, para acceder a los puestos de mando en el club (según las normas aprobadas por la Federación), los socios elegirán nuevo presidente.

El F. C. Barcelona tiene más de setenta mil socios. Socios callados por la voz de los compromisarios, que son los que han llevado el peso de aplaudir o revocar —más de lo primero que de lo último— las decisiones de la Junta Directiva. A lo mejor, cuando les den el voto los socios tendrán un peso específico en esas Juntas, a las que sólo se podía acceder por presiones o fluctuaciones del mercado futbolístico y político en general.

Montal, voz de timbre chillón, lágrimas en los ojos, leyó ante la Asamblea de compromisarios su discurso, que fue como un testamento: Explicó, ante todo, su decisión de abandonar la presidencia del club y no presentarse a la reelección. Como presidente de transición —o de la reforma—, Montal dice que ha tenido que sufrir las contradicciones del propio sistema y gobernar el cotarro mediatizado por las estructuras político-deportivas centralizadas. Esta justificación no le exime de haber cometido errores muy gordos en ese largo período presidencial. Se recuerdan casos como el apoyo del Barça a Pablo Porta (que después le negaría), aun conociendo su pasado nada recomendable. También está en la memoria la actuación nada enérgica del club ante el asunto de árbitros poco imparciales. Pero, sobre todo, a Montal se le puede responsabilizar en buena medida del endeudamiento contraído por el Barcelona con la todopoderosa Banca. El Barça fue quien subió las cotizaciones de los ases del balón a límites escalofriantes. El fichaje de Cruyff, en 1973, dio mucha popularidad a Montal, pero los millones desembolsados los ha tenido que arrastrar como pesada losa en forma de créditos y más créditos bancarios. La deuda contraída con el pago de los fichajes de Cruyff y Neeskens, el otro holandés, ha sido fabulosa, y a eso hay que añadir la ampliación del patrimonio con que cuenta el Barça, que ha hecho endeudarse al club hasta las cejas, con lo que Montal ha tenido que ceder en bastantes



A Montal se le considera unánimemente un "hombre de buena voluntad", pero sus aires pseudodemocráticos no han conseguido hacer del Barça un club de fútbol abierto al sentir de sus socios.

EL BARÇA ES MAS QUE UN CLUB

JULIA LUZAN

ocasiones a la presión de los acreedores, que han colocado estratégicamente sus peones en las Juntas Directivas.

A la decisión tomada por Agustín Montal los periódicos han dedicado atención. Hablan del "montalismo" y coinciden en afirmar que no es sólo la filosofía que ha impregnado los sillones de la sede del club, sino la forma de hacer del presidente. Unánimemente le consideran un hombre de "buena voluntad", pero su debilidad, sus aires pseudodemocráticos, no han conseguido hacer del Barça un club de fútbol abierto al sentir de sus socios. Montal no ha sido ni tan contestado ni tan criticado como (salvando las distancias, por supuesto) un don Santiago Bernabéu. Ha tenido sus momentos de popularidad y las tintas no se han cargado excesivamente contra él.

La historia del Barça, del que es "más que un club", tendrá un día que escribirse, y no en base a la gestión de sus presidentes, ni al recuento de goles famosos, ni siquiera a la mención de jugadores de tronio en sus filas. La historia del Barça tendrá que hablar de los socios, de la popularidad y el carisma nacionalista que siempre ha presidido, por parte del público, la actuación del Barça. Durante los oscuros años en que la única política permitida era afiliarse a un club de fútbol y comentar las jugadas maestras allá donde se encontra-

ban dos "forofos", el Barça ha sido el aglutinante de aquello que no se podía hacer. Cuando desde las gradas, o en la calle, se gritaba: "El Barça siempre ganará", lo que se hacía era, en cierto modo, poner en entredicho al centralismo. Poco a poco se dejaba a los socios ondear alguna bandera catalana. La Directiva comenzaba a hablar en catalán al exterior y los gobernadores civiles que Barcelona ha tenido en los últimos años deben haber sentido pavor a los encuentros de Liga entre el Madrid y el Barcelona. Y lo han tenido porque no deseaban ver las Ramblas barcelonesas coloreada por las "senyeras" ni presenciar la explosión de cólera de la "afición" en aquellas ocasiones en que el árbitro de turno favorecía a los visitantes madrileños.

El Barça en Catalunya ha cumplido las funciones de institución aglutinante del sentimiento nacionalista y ahora puede recobrar la normalidad como institución meramente deportiva (así lo ha profetizado Montal): "El Barcelona se habrá liberado de una pesada carga: la carga de su propia responsabilidad política".

Si la rivalidad entre el Atlético de Madrid y el Real ha sido secular y motivo de disgusto e infartos entre los aficionados de la capital, en Barcelona el Barça y el Español no les han ido a la zaga. Cuenta la leyenda que los socios del Español —los "periquitos"— se captaban entre los conformistas con la situación franquista. En los palcos de su

estadio se sentaba lo más granado de la cohorte de funcionarios y alcaldes franquistas enviados para españolizar Catalunya. También había, y hay, socios meramente deportivos, pero, según la leyenda que a mí me han contado, lo que predominaba era el seguidor del club al que en un principio lo que más le gustaba del club de fútbol era el nombre: Español. En el Barça, en cambio, se enrolaba el socio que veía en el juego de la pelota una forma más de patentizar su catalanidad. La base popular que tiene el Barça es grandiosa. También existe burguesía, ya sea en forma de socio con carnet, ya sea en los cargos directivos, pero el respaldo del inmigrante y del pueblo catalán ha sido numéricamente importante.

Agustín Montal y los miembros de la Junta proceden de esa burguesía catalanista. El Barça ha sido más que un club debido a sus socios, aunque en todo momento ha tenido la habilidad de nadar y guardar la ropa. Políticamente ha evitado manifestarse siempre que ha podido. De vez en cuando ha tenido "detalles", como últimamente que cedió un palco a los parlamentarios catalanes. Tal habilidad directiva nunca le ha servido de mucho al Barça para ganar los partidos de altura. No se sabe por qué oscuros designios, siempre se le escapaba el Campeonato de Liga y la oportunidad de competir en el Torneo Europeo. El Real Madrid ha sido seis veces campeón de Europa. El Barça, no. A lo mejor en una situación normal, ni uno hubiera ganado tanto ni el otro perdido tanto.

Montal confía en que ahora, y a pesar del delicado tema de la autonomía, al Barcelona se le recibirá bien en los campos futboleros del resto del Estado: "El Barcelona, más que nunca, se siente hermanado con todas las aficiones de España y espera que se le reciba como un club amigo que ha sufrido las mismas injusticias y que ha trabajado para el deporte y la democracia". Así fue como Montal explicó la teoría de la solidaridad entre los pueblos.

En la nueva etapa que todos auguran al club, la afición recordará como lejana aquella época en que la presión popular, de dentro y fuera del Barça, logró que su Junta Directiva pidiera públicamente la devolución del Estatut, o la adhesión y participación en la Diada del 11 de septiembre, o el respaldo a las movilizaciones ciudadanas y un sinnúmero de hechos en los que el Barcelona ha dado la cara porque así lo querían los catalanes. Es por todo ello que el Barça ha sido, y será, algo más que un club de fútbol. Y de alguna forma, el Barça también "ha hecho país". ■